

## En memoria de aquello que nos dejas

Por **Noam Vilches Rosales**

Realizar clases es probablemente una de las actividades más gratificantes que hago en mi vida. No es tanto el reproducir un determinado conocimiento, sino más bien el espacio que te brinda para poder transformar, mediante el conocimiento, a quiénes son tus estudiantes. Para que ese maravilloso fenómeno ocurra se requiere más que la capacidad de reiterar ciertas ideas, se necesita tener la capacidad de dejar algo en aquella persona que te escucha. De alguna forma, con tu amabilidad, tu cercanía y tu contagiosa vitalidad lograste transformar perspectivas, ideas y los quehaceres que van marcando nuestros rumbos personales y colectivos.

Me quedo con tu amabilidad al invitarme y animarme a publicar, creo que los pequeños impulsos que me diste ayudaron a que en su debido momento esto ocurriera, no cualquier docente se da el tiempo ni el trabajo de velar por el crecimiento de sus estudiantes más allá de lo estrictamente necesario. Me quedo con todos los libros y películas que me dijiste que debía ver, impresionándome siempre con tu capacidad de vincular a cada conversación alguna trama, frase o imagen. Me quedo con tus ganas de construir una facultad más ecológica, y guardo para mí los recuerdos que dejas permitiéndome realizar esa labor contigo estos últimos meses.

Hasta ya no poder más, impulsaste proyectos que sin duda hubiesen beneficiado a toda nuestra comunidad universitaria, me hablabas de tu planificación para levantar más instancias académicas que le permitiesen al estudiantado especializar sus investigaciones, me comentabas sobre generar metodologías que acercarán la ecología a la comunidad, de sumar más personas a pensar y activar una facultad más sustentable. En tu oficina había un montón de carpetas y herramientas que daban cuenta de esa vitalidad que te acompañó en todo momento, tus ojos y tu voz nunca perdieron ese ánimo y ese brillo que tienen quienes se dedican no sólo a habitar el mundo, sino que también a transformarlo. Nos dejas también esas ganas de crear y el compromiso de hacerlo responsablemente.

Pero lo más transformador, lo más nutritivo, fueron aquellas cosas que pasaron al costado de toda la formalidad y la jerarquía con la que funcionan las grandes instituciones. No cualquiera se atreve a hablar de la muerte, creo que la mayoría prefiere no afrontar un tema tan complejo, y es por lo mismo que agradezco que me dejaras también aquellas reflexiones en torno a tu propia experiencia, a

tu incertidumbre frente al futuro y tu respuesta ante las posibilidades que se te abren. No cualquiera se muestra vulnerable, y con ello me enseñaste a ver fortaleza en afrontar al mundo aún cuando todo te invita a pausar la marcha. No cualquiera abre espacios para reírnos, comentar la contingencia, hablar del pasado y del futuro. Muchas de las cosas que me dejas salen del espacio asignado para ejercer la docencia, son esas cosas que se dan en los pasillos, entre reuniones, antes de iniciar o después de finalizar formalmente una clase. Creo que es en esos márgenes donde de alguna forma nos salimos de los roles asignados, donde dejamos ver una humanidad un poco más desnuda, donde generamos cierto contenido que por ello mismo es también más real y -aunque quizás no para una evaluación- más sustancial si se trata de hacernos sentido, si se trata de transformarnos.

De conversaciones largas en una sociedad que te exige inmediatez, me hiciste pausar la marcha con historias llenas de la profundidad con la que percibías el mundo, en un mundo que se conforma con la superficie de todas las cosas. Es quizá tu temple, tu actitud frente a la vida lo que más te acerca a esa idealizada figura que tenemos por “un verdadero filósofo”, donde abunda la creatividad, el pensamiento crítico y una visión transformadora de la forma en que percibimos aquello que se nos aparece en el mundo.